

Capítulo IV.

Aberraciones.

Parece mentira que uno hombre como Colón pudiera inspirar, no ya al vulgo envidioso, no ya á los cortesanos émulos de su gloria, sino á los que ocupaban puestos muy distinguidos, y sobre todo tenían el deber por ser ministros del Señor, no solo ministros, sino prelados, de ejercer á todas horas el sentimiento de la caridad, envidia de ningún género.

Y sin embargo el obispo Fonseca, que en poco tiempo, gracias á su innegable talento, gracias á la predilección que sentía hácia las artes, que le debieron en aquella época gran parte de su apogeo, se había captado el afecto de su soberana, que participaba de sus mismos gustos, y en breve tiempo había

llegado desde el humilde puesto de fraile al de obispo de Búrges.

Más inverosímil parece aún que un hombre que poseía el sentimiento de lo bello no sintiese desaparecer de su alma las negras nubes de la envidia, al contemplar la grandeza que con su talento había adquirido Colón á fuerza de infortunios.

Porque si, como sucede siempre, las artes tienden á la civilización, dulcificando los sentimientos de los hombres, hermanándolos con la admiración y el entusiasmo, natural era que la figura de Colón, de aquel pobre marino, que después de llegar á la corte de varias naciones á implorar la caridad de los reyes de España, había tenido necesidad de pedir una limosna á la puerta de un convento, y sufriendo desaires, y viéndose calificar de loco por los que no tenían capacidad suficiente para comprenderle, había llegado á fuerza de trabajos, de privaciones, de lágrimas, de dolores, á obtener una licencia de la reina, á conseguir que le ayudase en su empresa, era, y no podía ménos de ser, no ya para los que comprendieran las artes, no ya para los que apreciaran el sentimiento de lo bello, sino para los que tuvieran una noción siquiera de la humanidad, títulos suficientes de aprecio y consideración.

Pero desgraciadamente las pasiones son más vehementes en el hombre que los sentimientos.

Decid, no ya al admirador, sino al mismo artista; decid á Rafael que hay un defecto en su *Pasmo de Sicilia*, y le vereis palidecer, notareis la ira en sus

ojos, y vereis que aquel hombre, que si le hubiérais enaltecido os hubiera estrechado en sus brazos, los desprecia y siente despertarse en su alma, ávida poco antes de belleza, la más negra de las envidias, el más vehemente deseo de hacer os daño.

Fonseca, que en los primeros años de su vida monástica había sido un ejemplo de constante virtud, que había amparado al débil contra el fuerte, que había empleado su elocuente palabra para mitigar en el corazón del señor feudal la indignación que le había inspirado el delito ó la falta de su vasallo; Fonseca, que en varias ocasiones había contrareestado la influencia de Torquemada, cuando aquel hombre fanático llevaba á centenares á la hoguera á los que no profesaban la religion cristiana; aquel hombre, en fin, que había logrado despertar un vivo afecto en el corazón magnánimo de la reina, había sentido primero el torcedor de la envidia, cuando al volver Colón, que había eclipsado, no sólo su gloria, sino la de todos, y el vulgo y los nobles, y todas las clases de la sociedad se habían olvidado por completo de la importancia de los grandes, de la veneracion que debían á los prelados, para convertir aquellos sentimientos en una entusiasta admiracion, que ofrecían á su paso por las aldeas y las ciudades al que, desafiando las olas del Océano y los furores de la tempestad, en endebles carabelas había atravesado las turbulentas aguas, y había encontrado inmensos territorios que ofrecer, como una nueva joya que adornase la corona de San Fernando.

Instintivamente, sin darse cuenta todavía del sentimiento que le impulsaba, se valió de la influencia que tenía con los reyes, y buscó quien le ayudase para contrarestar en cierto modo el ascendiente que tomaba Colón.

—Puesto que se han descubierto esas tierras que encierran en sus entrañas grandes riquezas,—dijo al rey,—puesto que en lo sucesivo será preciso enviar allí numerosos bajeles y españoles de todas clases para colonizar aquellas islas, sería muy oportuno que se crease una administracion ó superintendencia para entender en todos los negocios de las Indias.

La idea fué aceptada con entusiasmo por el rey, y se creyó que una vez establecida aquella superintendencia, gérmen del Consejo de Indias, debía ser nombrado jefe de ella el entonces arcediano Fonseca. Nuestros lectores recuerdan cómo fué desarrollándose en el corazón de aquel personaje la envidia que había experimentado al ver á Colón regresar triunfante.

Pero no era el ilustre marino el que estaba llamado á sufrir la influencia, á resistir la dominacion de aquel jefe.

Con la serenidad del que obra bien logró vencer los obstáculos que le oponían, y Fonseca no olvidó nunca la humillacion de que había sido objeto á sus propios ojos.

—Ah, la envidia es un terrible enemigo! La primera herida es leve: más parece una caricia que una puñalada; y sin embargo, poco á poco

vá ensanchándose la herida; poco á poco vá infiltrándose en ella el veneno de que está impregnado el acero; poco á poco toma cuerpo, se convierte en un odio profundo, y el que no hubiera sido capaz de cometer una mala accion, llega á consumir los más horribles crímenes.

No estaba todavía en aquel periodo el enemigo de Colon.

Pero allí, á sus solas, en esos momentos en que el hombre, sin dar cuenta á nadie de sus ideas, siente agitarse en su espíritu esos dos elementos de la vida que se llama el bien y el mal; en esas horas de soledad en que la imaginacion trae á nuestros ojos todos los recuerdos del pasado y recorre los velos del porvenir, figurábase el obispo Fonseca á Colon volviendo de las tierras que habia descubierto, no ya con un solo bajel desmantelado, sino con todas las embarcaciones cargadas de oro; y como entonces el oro, como siempre, era el objeto de la codicia de los hombres, figurábase que obtendria el almirante mayores triunfos aún, y dada la rivalidad que existia entre los dos, el apogeo, el esplendor, la grandeza del pobre genovés implicaba su decadencia, su desgracia, su ruina.

Y entonces sentia agitarse en su alma, con más fuerza que nunca, la pasion de la envidia, convertida ya en odio que sentia hácia aquel hombre; y entonces pedia á su genio medios para contrarrestar la influencia del virtuoso marino; y entonces buscaba, como la cortesana, los medios de urdir una intriga,

los medios de tender algun lazo á aquel gigante para que cayese á sus pies, y que su caida implicase su ruina.

En vano le colmaba de honores la munificencia de los reyes.

En vano su palabra arrastraba á los creyentes, porque su palabra era inspirada, porque en los momentos en que se desprendia de aquella pasion que le cegaba, era el hombre inspirado por Dios, el hombre que comprendia y llenaba ámpliamente su mision; en vano recibia á todas horas plácemes y felicitaciones y oía en torno suyo la predicion de que muy en breve le mostraria el Sumo Pontífice su consideracion enviándole la púrpura cardenalicia.

La espina que tenia en el corazon no le dejaba disfrutar de aquellos legítimos triunfos.

A cada instante veia llegar á las playas de España las embarcaciones de Colon, y en todos los puertos habia dado el encargo de que apenas llegase algun buque de la India le envasen correos para comunicarle la noticia.

Colon, como recordarán nuestros lectores, despachó para España algunas carabelas, y en ellas á Gorbalan, uno de los que habian explorado los alrededores de la colonia, y á Juan de Aguado.

A pesar suyo no habia podido reunir más que algunas pequeñas cantidades de oro, y aunque en las cartas que dirigia á los soberanos se lisonjeaba de poder en breve corresponder de una manera más espléndida á sus bondades, por entonces sólo enviaba aque-

llas escasas muestras de oro y algunos de los caribes que habia apresado al visitar la Guadalupe.

Todos aquellos elementos podian muy bien convertirse en acusadores de Colón.

Supo Fonseca que de las dos personas á quien el almirante habia comisionado para informar á los reyes de la situacion en que se hallaban, una de ellas, Juan de Aguado, habia partido á Valladolid, y la otra, Gorbalan, se habia quedado en Sevilla con objeto de aclimatar, permaneciendo con ellos algunos dias, á los caribes, para poder presentarlos á los reyes y que dispusieran de su suerte.

Inmediatamente despachó un emisario para que se entendieran con Gorbalan.

Era este jóven capitán ambicioso, y habia sufrido mucho al ver la predileccion que sobre él tenia Colón por Alonso de Ojeda.

El emisario le manifestó que el superintendente de las negocias de Indias deseaba verle, y confiando los caribes al cuidado de Soris, que estaba en Sevilla, mientras que los viajeros buscaban el descanso en sus hogares, partió con el emisario de Fonseca á Búrgos.

Al pronto no quiso hacer traicion al almirante, y aunque manifestó que no todas las esperanzas se habian realizado, dijo á Fonseca que creia que las entrañas de los montes del Cibao encerraban mucho oro, y que desde el momento en que pudieran apoderarse los españoles de la comarca, enviarian á cada instante buques cargados con aquel precioso metal.

Pero Fonseca sólo escuchó la triste pintura de las

enfermedades que sufrían los colonos, los trabajos que habian pasado en la navegacion, la fatal influencia que ejercia la escasez de víveres, la ferocidad de los caribes, y sobre todo el desastre de la fortaleza de la Navidad, la matanza de los españoles que habia dejado allí indefensos Colón, la actitud hostil de Guacanajari, que era el amigo fiel con que contaba el almirante, y los deseos que abrigaban todos los caciques reunidos de acometer á los españoles para destruirlos.

Todas aquellas noticias, abultadas, exageradas por el odio que sentia hácia Colón, eran muy suficientes para demostrar á los reyes que el célebre marino, burlando su credulidad, arrastraba á la corona de Castilla á aventuradas empresas, en las que era seguro que el producto no compensaria los sacrificios que ocasionaban.

Pero se habia adelantado Juan de Aguado: debia haber presentado ya á los reyes las cartas de Colón y del doctor Chanca, y si no contaba con aquel emisario, era muy fácil que no se diese crédito á las noticias de Gorbalan.

Necesitaba, pues, á toda costa captarse la voluntad de Juan de Aguado, y no tardó en saber que era un hombre ambicioso, y que la esperanza de importantes empleos le impulsaria á vender á su protector.

A Gorbalan le ofreció su influencia para realizar su más vivo deseo, que era partir á Italia y luchar al lado del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, porque no era su ánimo volver á aquellas ignotas tierras, donde tanto habia sufrido.